

## ***Lazarillo de Tormes: la mirada infantil, la formación adulta***

Marcial Rubio Árquez  
*Università degli Studi «G. D'Annunzio» di Chieti-Pescara*

Podría parecer lícito interrogarse todavía hoy por la inclusión o no del *Lazarillo de Tormes* dentro del género picaresco (Meyer-Minnemann & Schlickers 2008), pero lo que parece no admitir dudas es que, si consideramos la inquietud por lo social, por definir de modo abstracto y amplio algo mucho más concreto, una de las constantes o características del género, casi toda la crítica coincide en manifestar la enorme importancia que en esta «primera novela moderna española»<sup>1</sup> tiene este aspecto<sup>2</sup>. No podía ser, por lo demás, de otra forma y, tras el estudio de Maravall (1986) para todo el género, esta característica, obviamente ya apuntada por los primeros investigadores de la novela picaresca, ha adquirido ya, con todas las puntualizaciones que se quieran, el estatuto de uno de los pilares que define el género (Navarro Durán 2003), al menos en sus orígenes –*Lazarillo* y *Guzmán*–, pues sabemos que después el género toma otro camino, abandonando o relegando el tema social por el costumbrista o, también, utilizando el análisis social como mero rasgo identificativo de un género a los ojos de lectores poco sagaces, pero haciendo de este un simple tópico literario sin profundidad en el análisis y mucho menos en las consecuencias –sociales, pero también narrativas– del mismo.

Pues bien, aunque sujeto a varias puntualizaciones necesarias y previsibles, creo que, para definir con mayor concreción de dónde nace la inquietud social de Lázaro bien puede valer la definición de la obra como un

libro en el que convergen actitudes conversas y erasmistas, las consecuencias del aplastamiento de la rebelión de los comuneros y el conocimiento de una realidad socio-económica poco halagüeña –a pesar de un cegador brillo externo– nos ofrece, pues, una defensa de la dignidad del hombre, un análisis de la ya petrificada mitología castiza, un planteamiento del conflicto entre individuo y mundo exterior y de poderosos y débiles, un enfrentamiento dialéctico en que la persona es

---

<sup>1</sup> Así viene definida en Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala (1984: I, 265).

<sup>2</sup> Desde esta perspectiva, con un inteligente repaso de las principales teorías sobre el género, Villamía (2011).

progresivamente corrompida y fragmentada, un punto de vista materialista y pesimista de las relaciones y de la vida humana<sup>3</sup>.

Sin embargo, y sin llegar tan lejos, Parker ya afirmaba que la obrita «demostró que una obra podía ser divertida e ingeniosa y, a pesar de ello, interesarse por los problemas sociales» (1975: 67). Se tome la primera y amplia descripción o esta escueta última, lo cierto es que los problemas sociales aludidos pueden fácilmente concretarse en una palabra que, además, sobrevuela constantemente a lo largo y ancho de todo el *Lazarillo* y, a partir de él, de todo el género picaresco: el hambre<sup>4</sup>. Y con ella todas los términos asociados: exclusión social, enfermedad, injusticia, etc., en fin, lo que más genéricamente viene llamado pobreza. Pero la pobreza, como nos ha enseñado Juan Carlos Rodríguez, «no es sólo una cuestión social sino que es a la vez, y sobre todo, una cuestión de enunciación literaria»<sup>5</sup>.

Esto, claro, ya lo sabía Lázaro y así parece demostrarlo cuando en el «prólogo», con refinada retórica, afirmaba que las «cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas» como las que se disponía a contar «podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite» (3)<sup>6</sup>. En esta dicotomía, tan horaciana, entre la lectura profunda que «agradará» y la superficial que solo causará «deleite» o, por utilizar la terminología de Parker antes citada, entre la diversión ingeniosa y el interés por los problemas sociales gira, creo, gran parte de las interpretaciones del texto. El deleite, la lectura superficial o, por continuar con Horacio, el *delectare*, reside mayormente pero no exclusivamente, como sabemos, en el uso de chascarrillos, cuentos folklóricos, refranes y todo un enorme bagaje de elementos que la cultura popular ponía en manos de su autor para provocar una comicidad tan evidente como elogiada. Estos elementos, mezclados con inteligente y culto paladar y sazonados con mesuradas dosis de ironía daban al *Lazarillo* el marbete de «libro de risas», y así fue entendido y leído durante bastante tiempo.

El contenido social, la crítica de un estado de cosas, la denuncia de un sistema político y económico injusto y corrupto, en suma, lo que podría denominarse un cierto reformismo social que emparenta desde sus orígenes las dos principales obras

---

<sup>3</sup> Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala (1984: I, 273).

<sup>4</sup> La bibliografía sobre el argumento es amplia pues aunque solo sea de forma esporádica aparece muy a menudo en los trabajos sobre el *Lazarillo*. Centralmente la tratan –y a la bibliografía citada remito al lector interesado– Defant (1964) y Vilanova (1989).

<sup>5</sup> Para una aplicación práctica de esta formulación al *Lazarillo* se vea, del mismo autor (1994: 147-201).

<sup>6</sup> Todas las citas se refieren a la edición de Rico (2011). En adelante se citara solo el número de página.

picarescas (Cruz 2011), también estaba ahí, también desde el principio, quizás disfrazada de tradición y folclore, pero sumamente evidente para aquellos, sin duda secuaces de la ideología de su misterioso autor, que «ahondaban» en el texto. Para unos y para otros, Lázaro mandaba, siempre desde el «prólogo», un claro mensaje de cómo podía –o debía– ser entendido su texto, a qué objetivo apuntaba y a través de qué medio atacaba con sorprendente ironía las ínfulas sociales de «vuestra merced» y, con él, la de todos aquellos que se sintieran superiores a Lázaro: «porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto» (5).

Que el «buen puerto» no sea exactamente el que el honesto lector pudiera identificar o que el «remar» de Lázaro no se ajuste perfectamente a los valores sociales de una sociedad burguesa fundada sobre el trabajo no quita ni un ápice a que, con dicha afirmación, que además aparece estratégicamente al final del «prólogo», Lázaro esté no solo subvirtiendo la ideología cristiana sobre las diferencias sociales, sino denunciando abiertamente cuán injustas son las mismas. Ocurre, sin embargo, que la denuncia –por más que hipócrita– va más allá, mucho más allá, de la descripción de una España depauperada, con una enorme masa de la población viviendo en condiciones miserables mientras, a la vez, la «literatura oficial» canta las glorias del Imperio, los fastos de su Emperador y el omnímodo poder de su nobleza. La España de mediados del XVI es, lo sabemos pese a todo, «una sociedad en crisis» (Fernández Álvarez 1989: II, 574). Que Lázaro, en su paseo vital, nos describa esta miseria y que él mismo la viva en sus propias carnes es, pese a todo, solo parte de esa crítica social que, también ahora, parece agazaparse entre chascarrillos populares e ingenuos juicios infantiles, cuando no en afirmaciones tan manidas que parecen un simple relleno textual de un Lázaro agotado en su proteico empeño.

Nuestro pregonero, como siempre, deja lo mejor para el final, tira la piedra y esconde la mano y sólo en la prórroga del hercúleo partido entre lo que quiere decir y lo que verdaderamente dice nos deja entrever, casi sin darle importancia, la piedra de toque. Esta meditada estrategia se nota ya muy bien, como venimos señalando, en el prólogo. Ya Claudio Guillén (1957) nos enseñó que este, por más que aparezca textualmente al principio, es en realidad el octavo tratado de la obrita. A las razones lógicas del oficio de escribir –los prólogos, como sabemos, se suelen escribir una vez

terminada la obra— añadía el crítico otra razón más para convencernos: sin el prólogo la obra no se entiende o se entiende mal y, a su vez, el prólogo, situado al inicio, resulta cuanto menos tan ambiguo como como inocente en su primera lectura: adquiere mágicamente su verdadero significado sólo cuando se termina de leer la obra y es entonces cuando, paradójicamente, volvemos a releerlo, entendiéndolo ahora cabalmente.

Digo esto porque es precisamente en el prólogo en donde Lázaro lanza la primera piedra que hace gravitar el texto en la órbita de lo social y lo hace justamente al final, en las últimas líneas del prólogo: «porque consideren los que heredaron [...]» (5). Un crítico nada sospechoso de deriva social cual fue Lázaro Carreter manifestaba sin ambages que la anterior cita «enuncia una de las claves del libro, quizá la más importante» (1983: 178). Sí, si no la más importante, una de las dos más fundamentales de la obra. La otra sería, claro, la que aparece inmediatamente antes de la anterior cita, cuando Lázaro escribe que narra su vida «porque se tenga entera noticia de mi persona» (5). Estas dos, creo, serían las verdaderas claves interpretativas del libro: dar cuenta de un devenir vital —que incluso presentado como caso particular alcanza por su representatividad los caracteres aristotélicos de la «poesía», esto es, universalidad y ejemplaridad, por más que esta última por su contrario— y ensalzar los logros del mismo —que si bien pueden parecer objetivamente ridículos son subjetivamente dignos de ser loados. Evidentemente en el *Lazarillo* estas dos motivaciones aquí telegráficamente apuntadas adquieren una profundidad y una ambigüedad que justifican sobradamente la oceánica bibliografía sobre el libro. Lo que interesa ahora, sin embargo, es notar —y creo que no se ha hecho suficientemente hasta ahora— que estas dos motivaciones no nos las da Lázaro para justificar su narración, como a veces erradamente se apunta, sino para explicarnos por qué la misma empieza por el «principio». Lázaro, en efecto, ha ya justificado su recién estrenado oficio de narrador como un acto de obediencia («Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba [...], 5) y lo que intenta explicar ahora es por qué en dicho narrar se debe comenzar por el principio. Si se observa la sintaxis de la frase es fácil darse cuenta: «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no tomalle por el medio, sino por el principio, porque se tenga [...]; y también porque consideren [...].» (5).

Evidentemente al astuto Lázaro no se le escapaba que lo que la malévola V. M. le pedía era contar el «caso», esto es, el final, y que poco o nada le importaba el principio. Por eso, porque necesita justificar por qué empieza por el inicio nuestro pícaro inserta, una detrás de otra, dos justificaciones que, aparentemente inconexas, representan una coherencia argumental e ideológica nada desdeñable. En efecto, si paramos mientes nos damos cuenta de que la primera razón que argumenta Lázaro para principiar su obra por el inicio es dar «entera noticia de mi persona» (5), esto es, una motivación biográfica, autobiográfica en este caso, que le lleva a empezar a contar su vida, respetando la retórica del género, desde su nacimiento, desde su inicio. Pero la segunda razón, la de ensalzar a los que por sus medios han llegado a «buen puerto» partiendo de una situación inicial desventajada, es a su vez, como sabremos al final de la obra, justamente el principio y el final de la vida del propio Lázaro, esto es, también su autobiografía. La tautología, claro, no es inocente, porque sirve para resaltar justamente lo que no se repite, que queda, a su vez, mimetizado bajo las ansias biográficas del protagonista: «porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial» (5). Es evidentemente que difícilmente podemos atribuir esta casi denuncia a la paupérrima vida de Lázaro y es igualmente claro que V. M., que tampoco debía ser muy tonto, captaba ya un aguijón que, a libro leído, le debía parecer un arponazo a sus prejuicios sociales: nada se le debía, tampoco –y aquí Lázaro es sublimemente cáustico– oír contar vidas ajenas. Pero además, por esta escondida senda, un Lázaro pre-marxista (Suárez-Galbán Guerra 1979 y Molho 1987) y no muy alejado del pensamiento de ciertos cortesanos (Ruan 2011) y también sospechosamente próximo a la ideología social protestante (Hanrahan 1983) dejaba entrever que la injusticia social no era solo cuestión de llegada, sino también de partida, y que la una y la otra estaban injustificada e injustamente repartidas no solo por la caprichosa diosa Fortuna, sino también por una organización social esclerotizada que adscribía a sus miembros, ya antes del nacimiento, un lugar inamovible dentro de la misma. Para explicar cabalmente esto, Lázaro, como los buenos maestros de escuela, debe dar un ejemplo: su propia vida contada desde su inicio.

Obsérvese, además, que en las últimas líneas del prólogo Lázaro establece la cronología esencial de su relato, estableciendo un inicio, un medio y un final: «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, pareciome no

tomalle por el medio, sino por el principio [...]» (5). El «caso», pues, ha de ser el final, como en efecto lo es, y el inicio, como acabamos de ver, la narración autobiográfica de Lázaro desde su nacimiento. ¿Y el medio? ¿Dónde reside ese «medio» que Lázaro, de nuevo con ajada frase, parece menospreciar? Nada sabemos de ese «medio» que, pues de autobiografía se trata –aunque, por lo dicho, se entenderá que se trata de una autobiografía trunca–, debería ocupar los años centrales de la vida de nuestro pregonero.

Quizás valga la pena buscarlo en el texto. Evidentemente no se puede encontrar en el «Tractado primero», pues allí cuenta Lázaro, entre otras cosas, su nacimiento, sus orígenes familiares y las aventuras con su primer amo, el ciego. Este es lógicamente el principio y, al terminar el mismo, nuestro protagonista debía tener al menos once u doce años, pues ocho tenía, según el mismo nos cuenta, cuando su padre fue mandado a galeras y después su madre le dará un hermanastro al que Lázaro llega a ver andar. Con el ciego está poco menos de un año, por lo que al acabar el «Tractado primero» Lázaro tiene ya entre doce y trece años. Con el clérigo de Maqueda, cuya avaricia se cuenta en el «Tractado segundo», Lázaro no pasa más de dos meses. Algo más, quizás cuatro meses, pasa con el escudero del «Tractado tercero». Con el fraile de la Merced del «Cuarto tratado» apenas pasa ocho días. Aproximadamente cuatro meses con el buldero del «Tractado quinto». Después vendrá «un maestro de pintar panderos» con el que no parece haber pasado mucho tiempo y, por último, un capellán («Tractado sexto») que le emplea como aguador. Con él pasa cuatro años y justamente al final de estos, cuando, si las cuentas no me engañan, Lázaro alcanza los emblemáticos dieciocho años. Es justamente entonces cuando comenta a propósito de su actual oficio que «fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida» (75), y, también y sobre todo, que, vistiéndose de adulto, con capa y espada, se autodefine como «hombre de bien». Es aquí, justamente en este momento, cuando Lazarillo se convierte en Lázaro y, por utilizar su propia terminología, acaba el «principio»<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Sobre la edad de Lázaro, Gómez Yebra (1988: 16-20), aunque conviene contrastar sus datos con el texto del *Lazarillo*. Por ejemplo, hablando de la permanencia de Lázaro con el hidalgo, el autor señala que «el total no sobrepasa las siete semanas, a lo sumo dos meses, tiempo que pudo ser muy bien el de su permanencia con el hidalgo, pues “hacen cuenta y de los dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara”». Pero el texto de la obra no dice «de los dos meses», sino «de dos en dos meses» (106).

Se me podría objetar que denominar infancia a todo un periodo que incluye lo que hoy dividiríamos en infancia, adolescencia, etc., es erróneo, pero recuérdese que nuestra periodización de la vida es mucho más moderna que el Lazarillo<sup>8</sup>. Añádase, además, que es el propio texto el que, constantemente, nos recuerda el carácter infantil de Lázaro. Así, por ejemplo, al final del «Tractado tercero» las vecinas, para salvarle, dirán que Lázaro es «un niño inocente» (67); en el quinto, por su parte, es el propio Lázaro el que se autodefine como «mochacho» (75) y sólo al inicio del sexto se designará como «buen mozuelo» (75) y recordemos que *Autoridades* define *mozuelo* como «el que es pequeño u de poca edad»<sup>9</sup>.

Después, tras contarnos velozmente su corta estancia con un alguacil y cómo consiguió un «oficio real», se pasa al presente del narrador («En el cual el día de hoy vivo [...]», 77). Por más que Lázaro quiera disimular la costura, se nota que su narración, tan apresurada en los últimos tratados, se compone de dos paños, de dos momentos vitales radicalmente diferentes: su infancia pasada (tratados I a VI, el principio por el que quería comenzar) y su presente actual (tratado VII, el final). No hace falta que sepamos qué edad tiene Lázaro en el «Tractado séptimo» para que nos demos cuenta de que entre ambas partes hay un lapsus de tiempo que Lázaro no nos cuenta. El texto lo denota magníficamente a través de la utilización, al inicio de este tratado VII, de una serie de pretéritos indefinidos («Y con el favor que tuve [...] fueron [...] procuré [...] fue [...]», 77) que inmediatamente se resuelven en dos presentes de indicativo que, además, vienen previamente reforzados: «el día de hoy vivo y resido[...]», 77). En medio de ambas partes, la nada, la ausencia o, si se quiere, ese silencio de Lázaro que magistralmente estudió Guillén (1987). En esto, como en tantas otras cosas, tenía razón Lázaro Carreter cuando señalaba un «hiato constructivo que se abre entre los tres primeros capítulos y los demás» (1983: 131) si bien se entenderá, por lo dicho, que esta fisura quizás convenga situarla no en el tercer tratado, sino en el sexto. Es en este penúltimo tratado, en efecto, cuando Lázaro da un salto temporal que le lleva del pasado al presente, de la narración selectiva de su infancia a la crónica puntual de su presente. El último tratado, claro, es el único de los siete que interesa a Vuestra Merced y es también el único que

---

<sup>8</sup> En nada ayuda a dilucidar la cuestión la lectura de Olguín (2007).

<sup>9</sup> El mismo repertorio define así «infancia»: «Propia y rigurosamente es la primera edad del hombre, mientras no habla, aunque algunos la extienden hasta la juventud». Por eso no comparto las deficiencias que Lázaro Carreter (1983: 82) ve en la construcción de la obra.

Lázaro debería haber escrito para saciar la maligna curiosidad del mismo y cumplir con la obediencia señalada en el prólogo: «Vuestra Merced escribe se le escriba [...]», 5). Pero él, lo sabemos, ha preferido empezar por el principio y, lo sabemos también ahora, eliminar el medio. Es difícil, claro, cuantificar cronológicamente ese periodo de tiempo que Lázaro no nos cuenta –¿meses, años?–, pero en toda autobiografía, por más que ficticia como la de Lázaro, no cuenta tanto el tiempo objetivamente calculado, sino la percepción subjetiva del mismo. Por lo demás, para el presente de Lázaro, para la justificación de su infamia, no contaría tanto el tiempo transcurrido, que no afectaría mínimamente al presente, sino más bien lo que hizo durante ese tiempo. Se podría pensar ingenuamente, entonces, que no nos lo cuenta porque no tiene importancia, pero, conociendo al sujeto, también cabe pensar que más que omitirlo nos lo oculta. Como sea, la perspicacia de Guillén nos ha descubierto que en este período Lázaro, por fuerza, debió no solo alfabetizarse, sino también, por utilizar la denominación del llorado crítico, «literaturizarse». En efecto, en el prólogo –recordemos: tratado VII– Lázaro se nos presenta ya como alguien que no solo sabe leer y escribir, lo que demuestra que además de la «educación corruptora» suministrada pasivamente por sus padrones (Vilanova 1981), ha recibido también una educación letrada, cosa especialmente ajena a los de su clase en el momento histórico que le tocó vivir, por más que los humanistas clamaran a favor de unos ideales pedagógicos (Carrizo Rueda 1997) que, por lo demás, Lázaro trasgrede sistemáticamente. Pero además parece versado en los rudimentos de la retórica y de la estilística, por no hablar de su pedantesca cita de Plinio, todo lo cual resulta francamente sorprendente. Pero más allá de esta formación, podríamos sospechar que Lázaro, durante este periodo que no narra, no hizo nada más que repetir, con las variantes necesarias, lo que nos ha contado en los seis tratados precedentes («todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados», 77), pero, si acaso, con una leve pero transcendental novedad: ya no aprendió nada, sin duda, claro, porque lo había aprendido en los seis primeros tratados le bastaba y sobraba para justificar su yo actual, su infamante existencia presente y, confiando quizás demasiado en la inteligencia de Vuestra Merced, explicarle por qué la aceptaba. Inicio y fin. Sin medio. Se entiende, pues, la unanimidad de la crítica al declarar que en la obrita el centro –¿el



medio?– es Lázaro y no Lazarillo<sup>10</sup> y eso incluso aunque en la portada se lea que el protagonista es Lazarillo, no Lázaro.

Si se acepta lo anterior, no resultará forzado admitir también que el último tratado, el VII, empieza en realidad con el episodio del toro. Con su brutal cabezazo Lázaro no solo despierta a la edad adulta –a una cierta visión de la edad adulta, claro– sino que también, precisamente porque es la primera lección de su «educación corruptora», roba a Lázaro la posibilidad de una verdadera enseñanza, de una pedagogía infantil basada en la ingenuidad, la confianza y la apertura mental. Quizás Lázaro, pese a la rémora de su origen familiar, habría llegado a un verdadero «buen puerto» si hubiera tenido esa oportunidad que el ciego, brutalmente, le roba. Es verdad, claro está, que sus enseñanzas, justamente por moverse Lázaro en una sociedad en crisis –no solo económica (Jojima 2001)– le serán de enorme utilidad en el futuro, pues las enseñanzas del ciego son, a la postre, el correlato perfecto del tipo de valores que parecen imperar en la sociedad en la que Lázaro se mueve.

En este sentido, el Lázaro niño despierta, es cierto, pero solo intelectualmente a la vida de los adultos. Es un niño con el manual de instrucciones de un adulto y, en paradójica reciprocidad, llegará a ser un adulto con el manual de instrucciones de un niño. Por eso Lázaro, evidentemente, no madurará jamás, porque lleva a costas su infancia como experiencia y como ancla. Quizás Lázaro, más que corrupto o consentidor de corrupción –la de su mujer–, sea un inmaduro que no llega a entender bien cuál es el problema, el «caso», justamente porque lo enfoca desde la experiencia más traumatizante de su niñez: el hambre. Por eso llegado ya a su aparente madurez su mayor problema será la comida –su obsesión infantil más allá de una necesidad biológica– y mientras se la garanticen, todo será aceptable. Al fin y al cabo, las cuestiones de sexo, de cuernos son «cosas de mayores» o, si se quiere, aspectos muy secundarios para una mente tan obsesivamente monotemática como la de Lázaro. Solo una vez nuestro protagonista se muestra verdaderamente adulto: en el prólogo. Es en ese texto preliminar y supuestamente accesorio donde Lázaro acepta el mundo de los adultos, sus reglas y sus hipocresías, e intenta combatirlas justamente desde la mentira y el engaño, desde esa ironía pertinaz que empreña todo el prólogo. La dosis

---

<sup>10</sup> Baste citar como ejemplos Guillén: «Lázaro, más que Lazarillo, es el centro de gravedad de la obra» (1957: 271), del Monte quien expresa sin ambages que en la narración «Lázaro –y no Lazarillo es su centro» (1971: 52) o, definitivamente, Rico: «La novela se presentaba, así, sometida a un punto de vista: el del Lázaro adulto que protagoniza el caso» (1973: 36).

es tan fuerte, el efecto tan demoleedor por más que de retardados efectos entendemos solo cabalmente su significado al final del libro— que el tono irónico y burlesco perdura durante toda la lectura del libro.

Esa incompleta madurez de Lázaro se corresponde, por lo demás, con el elenco de padrones con los que el narrador articula el texto: todos sufren algún tipo de carencia, ya sea física (el ciego), ya ética (casi todos) (Sabat de Rivers 1980), ya de honra (el escudero) o, claro, alimenticia. Añádase que en la narración de sus andanzas con sus amos casi siempre se le acompaña del comentario sobre la carestía de ese año, bien por sequías, epidemias, etc., siendo así que, en realidad, casi todos los años —o padrones— que Lázaro nos relata hasta el tratado VII han sido malos. En este sentido, a veces se olvida que la pobreza del Lázaro-niño no es más que una entre las muchas pobrezas que pueblan su relato (Waley 1988). Lázaro es sólo uno más entre una legión de carentes y lo único que le individualiza como individuo no son tanto sus capacidades picarescas, sino su capacidad narradora.

El único que parece a salvo de los inconvenientes del vivir en ese momento histórico parece ser su último amo, el Arcipreste de San Salvador. ¿Puede ser una casualidad que a la infancia de Lázaro se corresponda con una secuencia de padrones hambrientos, deshonestos, hipócritas y que su llegada a la supuesta madurez esté representada por ese miembro del clero, tampoco él un santo, pero que vive seguro y feliz en su bienestar material, protegido por las apariencias sociales que le permiten transgredir casi todos los votos sagrados, uno de ellos, quizás el más importante, precisamente con la mujer de Lázaro? ¿Y si el «buen puerto» al que alude orgullosamente Lázaro no fuera tanto el oficio real —y miserable— que ahora tiene, sino el modelo de vida que le ofrece el clérigo y las ventajas que él extrae del mismo? Pues bien, quizás la crisis, crisis existencial a la par que social y económica, que el relato de Lázaro intenta describir resida justamente ahí, en ese silencio, en ese lapsus de tiempo sobre el que nuestro pícaro nada dice y que, quizás, sean parte de las respuestas a las anteriores dos preguntas.

## **Bibliografía**

Alfaro, Gustavo A., *La estructura de la novela picaresca*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.

Anónimo, *Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, Madrid, RAE, 2011.

- Blanco Aguinaga, Carlos; Rodríguez Puértolas, Julio; Zavala, Iris M., *Historia social de la literatura española*, Madrid, Castalia, 1984, 3 vols.
- Carrizo Rueda, Sofía M., «Tres inflexiones en el discurso áureo sobre el niño», *Criticón*, 69 (1997), p. 51-56.
- Cruz, Anne J., «Una lectura reformista de la picaresca: el *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache*», *Ínsula*, 778 (2011), p. 23-27.
- Defant, Alba, «El *Lazarillo de Tormes*: Tema y estructura técnica del hambre», *Humanitas*, 12 (1964), p. 107-123.
- Del Monte, Alberto, *Itinerario de la novela picaresca española*, Barcelona, Lumen, 1971.
- Fernández Álvarez, Manuel, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1989<sup>2</sup>, 2 vols.
- Gómez Yebra, Antonio A., *El niño-pícaro literario de los Siglos de Oro*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- Guillén, Claudio, «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*», *Hispanic Review*, 25 (1957), p. 264-269.
- Guillén, Claudio, «Los silencios de Lázaro de Tormes», *Ínsula*, 490 (1987), p. 21.
- Hanrahan, Thomas, «*Lazarillo de Tormes*: Erasmian Satire or Protestant Reform?», *Hispania*, 66 (1983), p. 333-339.
- Jojima, Paula, «La pobreza en *El Lazarillo de Tormes* como metonimia de una crisis de valores», en José Martínez Millán (ed.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Carlos V y Felipe II, 2001, vol. 3, p. 311-340.
- Lázaro Carreter, Fernando, «*Lazarillo de Tormes* en la picaresca», Barcelona, Ariel, 1983.
- Meyer-Minnemann, Klaus & Schlickers, Sabine, «¿Es el *Lazarillo de Tormes* una novela picaresca? Genericidad y evolución del género en las versiones, continuaciones y transformaciones de *La vida de Lazarillo de Tormes* desde las ediciones de 1554 hasta la refundición de 1620 por Juan de Luna», en Klaus Meyer-Minnemann & Sabine Schlickers (ed.), *La novela picaresca. Concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Iberoamericana, 2008, p. 41-75.
- Molho, Maurice, «El *Lazarillo de Tormes* o la revolución del trabajo», *Ínsula*, 490 (1987), p. 21-22.
- Navarro Durán, Rosa, «Anatomía sociopolítica del *Lazarillo de Tormes*», *Noticiario de ideas*, 16 (2003), p. 32-42.
- Olgúin, Jorge Pablo, «Aproximación a las nociones de infancia y juventud a través de una obra literaria del Siglo de Oro español: *Lazarillo de Tormes*», *Taller de Letras*, 41 (2007), p. 161-173.
- Parker, Alexander A., *Los pícaros en la literatura española. La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)*, Madrid, Gredos, 1975.
- Rodríguez, Juan Carlos, *La literatura del pobre*, Granada, Editorial Comares, 1994.
- Rico, Francisco, *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1973.

- Ruan, Felipe E., *Pícaro and Cortesano: Identity and the Forms of Capital in Early Modern Spanish Picaresque Fiction and Courtesy Literature*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2011.
- Sabat de Rivers, Giorgina, «La moral que Lázaro nos propone», *Modern Language Notes*, 95 (1980), p. 233-251.
- Suárez-Galbán Guerra, Eugenio, «Caracterización literaria e ideológica social en *El Lazarillo de Tormes*», en Manuel Criado de Val (ed.), *La picaresca: orígenes, textos y estructura*, Madrid, FUE, 1979, p. 469-477.
- Vilanova, Antonio, «Lázaro de Tormes como ejemplo de una educación corruptora», *Actas del I Simposio de Literatura Española*, Salamanca, Universidad, 1981, p. 65-118.
- Vilanova, Antonio, «El tema del hambre en el *Lazarillo* y el falso convite de Apuleyo», *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989, p. 126-179.
- Villamía, Luis, «Sobre la historiografía del género picaresco: pliegues modernos de la literatura del pobre», *Hipertexto*, 13 (2011), p. 42-58.
- Waley, Pamela, «Lazarillo's Cast of Thousands, or the Ethics of Poverty», *The Modern Language Review*, 83 (1988), p. 591-601.